

www.puntodelectura.es

**MARIO BENEDETTI**

# Buzón de tiempo

punto de lectura



Título: Buzón de tiempo

© 1999, Mario Benedetti

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: enero 2007, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 84-663-6879-9

Depósito legal: B-50.653-2006

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Pdl

Fotografía de portada: © Natalie Schonfeld / Age fotostock

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MARIO BENEDETTI

# Buzón de tiempo



*A los amigos y compañeros  
de la Casa de las Américas  
en sus cuarenta.*



*Il tempo tutto toglie e tutto dà;  
ogni cosa si muta, nulla s'annichila.  
(El tiempo todo lo quita y todo lo da;  
todo cambia, nada se aniquila.)*

GIORDANO BRUNO

*Si no puedes soñar  
golpea los baúles polvorientos.*

FAYAD JAMIS

*Epistola enim non erubescit.  
(Una carta no se ruboriza.)*

CICERÓN



Señales de humo



## Señales de humo

Cuando estás en el filo de lo oscuro  
y le rindes honor desde tus huesos  
cuando el alma purísima del ocio  
pide socorro al universo inútil  
cuando subes y bajas del dolor  
mostrando cicatrices de hace tiempo  
cuando en tu ventanal está el otoño  
aún no te despidas / todo es nada /  
son señales de humo / apenas eso

tu mirada de viaje o de desiertos  
se vuelve un manantial indescifrable  
y el silencio / tu miedo más valiente /  
se va con los delfines de la noche  
o con los pajaritos de la aurora /  
de todo quedan huellas / pistas / trazas  
muecas / indicios / signos / apariencias  
pero no te preocupes / todo es nada  
son señales de humo / apenas eso

no obstante en esas claves se condensa  
una vieja dulzura atormentada

el vuelo de las hojas que pasaron  
la nube que es de ámbar o algodón  
el amor que carece de palabras  
los barro del recuerdo / la lujuria /  
o sea que los signos en el aire  
son señales de humo / pero el humo  
lleva consigo un corazón de fuego

## Fin de semana

Esperó al padre en la puerta de la escuela. Como todos los viernes. A partir del divorcio, Fernando vivía con su madre, pero los fines de semana eran del padre. Antes de cualquier dictamen impuesto, ellos lo habían resuelto amigablemente, sobre todo para no herir al hijo con enfrentamientos inútiles. Nunca llegaba en hora, pero esta vez demoró más que de costumbre. Mientras compartió la espera con otros chicos, Fernando no se inquietó, pero uno a uno los fueron recogiendo y al final sólo quedaron él y el portero, un tipo que además detestaba a los escolares.

Marcelo apareció por fin, casi corriendo. Fernando se resignó a besar la mejilla, paterna y sudada. Eso no le gustaba, porque la boca le quedaba húmeda y le habían enseñado que no era correcto limpiarse con el puño.

—¿Estabas nervioso?

—No.

—Por favor, no le cuentes a tu madre sobre esta demora. Digo, para que no se preocupe. La verdad es que no me podía sacar de encima a un cliente que es un plomo.

No le cuentes a tu madre. Fernando no entendía por qué no decía: No le cuentes a Luisa.

Tomaron un taxi hasta el restaurante de todos los viernes. Fernando no precisaba leer el menú. Siempre había sido fiel al churrasco con ensalada.

—¿No querés pedir otra cosa?

—No.

—Yo me aburriría pidiendo siempre lo mismo.

—A mí me gusta. Por eso no me aburro.

Marcelo cumplió con el deber paterno de preguntarle por sus clases, sus maestras, sus compañeros. Como eran las preguntas de siempre, Fernando apeló a las respuestas de siempre.

—Y de todo lo que vas aprendiendo, ¿qué es lo que más te gusta?

—Las cuentas y los cuentos.

Como acompañamiento de un humor tan primario, Fernando esbozó su primera sonrisa de este viernes, y el padre no tuvo más remedio que reírse.

En el postre tampoco hubo novedad: helado de vainilla.

—Y tu madre ¿cómo está?

—Sola. Está sola.

—Bueno, no tan sola. Está contigo ¿no?

—Sí, claro.

Llegaron al lindo apartamento sobre la Rambla y Fernando fue a su cuarto. Marcelo le había reservado ese espacio, donde, además de la cama y otros muebles, había juguetes (un mecano, un trencito eléctrico) de uso y disfrute solitarios. Y asimismo un pequeño televisor. También en casa de su madre tenía un ambiente propio,

claro que con otros juguetes. A Fernando le gustaba esa doble franja de sus entretenimientos. Era como saltar de una región a otra, y viceversa.

Estuvo un rato jugando con el mecano (construyó algo que, si se lo miraba con buena voluntad, podía parecerse a un molino), vio en la tele un documental sobre las ardillas, dormitó un rato, así hasta que Marcelo lo llamó desde la terraza.

Allí lo esperaba una novedad: una muchacha, alta, rubia y con el pelo suelto, de vaqueros, que a Fernando le pareció linda y simpática.

—Fernando —dijo el padre—. Ésta es Inés, una buena amiga mía, que también va a ser una buena amiga tuya.

La buena amiga sólo dijo ¡hola!, pero le tomó de un brazo y lo acercó a su mecedora. Lo besó con suavidad y Fernando advirtió con alivio que aquella mejilla no estaba sudada. A él le cayó bien que Inés no le interrogara sobre la escuela, las clases, las maestras y los otros alumnos. En cambio, le hizo comentarios sobre películas y sobre fútbol. Le pareció increíble que una mujer supiera tanto de fútbol. Además, como al pasar, dijo que era hinchada de Nacional. También él era bolsiyudo. Un buen comienzo. Marcelo, en cambio, era de Peñarol, pero asistía satisfecho a aquel estreno, como el autor clandestino de un buen libreto.

Inés había traído unos paquetes con comida, así que cenaron en casa. Después vieron un poco de televisión (noticias sobre hambrunas, inundaciones y atentados), pero como a Fernando se le cerraban los ojos, el padre lo mandó a la cama, no sin antes recomendarle que se lavara los dientes.

A medianoche lo despertó un ruido procedente del cuarto de baño. Alguien había tirado la cadena. Como la puerta de su cuarto estaba entornada, Fernando pudo espiar desde allí. Inés, de camisón, salió del baño y entró en la habitación de Marcelo.

Fernando volvió a su cama y durante un buen rato estuvo desvelado. Inés era linda y simpática y además de Nacional. Pero, antes de dormirse, Fernando decidió reforzar su lealtad a Luisa. A su madre no le importaba el fútbol, pero aun así a él le parecía más linda y más simpática.

El sábado y el domingo, Fernando disfrutó de su padre y éste de Fernando. No era el momento de hacer el balance de la situación. Como si hubiera concluido el guión de la película, Inés no habló más de fútbol. Estaba tan callada, que en la tarde del domingo Marcelo se le acercó, le acarició el lindo pelo y le preguntó si pasaba algo.

—Nada importante —dijo ella—. Sólo que tengo que acostumbrarme.

Lo dijo en un murmullo, sólo para Marcelo, pero Fernando la escuchó (la abuela siempre decía: «Este chico tiene un oído de tísico») y llegó a la conclusión de que también él tenía que acostumbrarse. ¿Se acostumbraría?

El domingo a la noche, Marcelo reintegró al chico al ámbito materno. Llamó desde abajo y cuando oyó algo parecido a la voz de su ex mujer, dijo: «Luisa, aquí te dejo a Fernando. Chau». «Gracias. Chau», dijo el intercomunicador, más afónico que de costumbre.

Fernando subió en el ascensor hasta el sexto piso. Allí lo esperaba Luisa. Lo besó, tenía la cara con un poco de pancake, pero a él no le importó.

Un rato después, ella le hizo un jugo de naranja. De pronto contempló a Fernando con curiosidad. Pensó que era absurdo, pero le pareció que de algún modo su hijo había crecido en sólo 48 horas.

Sólo por decir algo, Luisa preguntó:

—Y tu padre ¿cómo está?

Fernando pensó: ella tampoco dice «Marcelo» sino «tu padre». Tragó saliva antes de responder:

—Solo. Está solo.



## Conciliar el sueño

Lo que ocurre, doctor, es que en mi caso los sueños vienen por ciclos temáticos. Hubo una época en que soñaba con inundaciones. De pronto los ríos se desbordaban y anegaban los campos, las calles, las casas y hasta mi propia cama. Fíjense que en sueños aprendí a nadar y gracias a eso sobreviví a las catástrofes naturales. Lamentablemente, esa habilidad tuvo una vigencia sólo onírica, ya que un tiempo después pretendí ejercerla, totalmente despierto, en la piscina de un hotel y estuve a punto de ahogarme.

Luego vino un período en que soñé con aviones. Más bien, con un solo avión, porque siempre era el mismo. La azafata era feúcha y me trataba mal. A todos les daba champán, menos a mí. Le pregunté por qué y ella me miró con un rencor largamente programado y me contestó: «Vos bien sabés por qué». Me sorprendió tanto aquel tuteo que casi me despierto. Además, no imaginaba a qué podía referirse. En esa duda estaba cuando el avión cayó en un pozo de aire y la azafata feúcha se desparramó en el pasillo, de tal manera que la minifalda se le subió y pude comprobar que abajo no llevaba nada.

Fue precisamente ahí que me desperté, y, para mi sorpresa, no estaba en mi cama de siempre sino en un avión, fila 7 asiento D, y una azafata con rostro de Gioconda me ofrecía en inglés básico una copa de champán.

Como ve, doctor, a veces los sueños son mejores que la realidad y también viceversa. ¿Recuerda lo que dijo Kant? «El sueño es un arte poético involuntario.»

En otra etapa soñé reiteradamente con hijos. Hijos que eran míos. Yo, que soy soltero y no los tengo ni siquiera naturales. Con el mundo como está, me parece un acto irresponsable concebir nuevos seres. ¿Usted tiene hijos? ¿Cinco? Excuse me. A veces digo cada pavada.

Los niños de mi sueño eran bastante pequeños. Algunos gateaban y otros se pasaban la vida en el baño. Al parecer, eran huérfanos de madre, ya que ella jamás aparecía y los niños no habían aprendido a decir mamá. En realidad, tampoco me decían papá, sino que en su media lengua me llamaban «turco». Tan luego a mí, que vengo de abuelos coruñeses y bisabuelos lucenses. «Turco, vení», «Turco, quero la papa», «Turco, me hice pipí». En uno de esos sueños, bajaba yo por una escalera medio rota, y zas, me caí. Entonces el mayorcito de mis nenes me miró sin piedad y dijo: «Turco, jodete». Ya era demasiado, así que desperté de apuro a mi realidad sin angelitos.

En un ciclo posterior de fútbol soñado, siempre jugué de guardameta o golero o portero o goalkeeper o arquero. Cuántos nombres para una sola calamidad. Siempre había llovido antes del partido, así que las canchas estaban húmedas y era inevitable que frente a la portería se formara un laguito. Entonces aparecía algún delantero que me fusilaba con ganas, y en primera instancia yo

atajaba, pero en segunda instancia la pelota mojada se escabullía de mis guantes y pasaba muy oronda la línea del gol. A esa altura del partido (nunca mejor dicho), yo anhelaba con fervor despertarme, pero todavía me faltaba escuchar cómo la tribuna a mis espaldas me gritaba unánimemente: traidor, vendido, cuánto te pagaron y otras menudencias.

En los últimos tiempos mis aventuras nocturnas han sido invadidas por el cine. No por el cine de ahora, tan venido a menos, sino por el de antes, aquel que nos conmovía y se afincaba en nuestras vidas con rostros y actitudes que eran paradigmas. Yo me dedico a soñar con actrices. Y qué actrices: digamos Marilyn Monroe, Claudia Cardinale, Harriet Andersson, Sonia Braga, Catherine Deneuve, Anouk Aimée, Liv Ullmann, Glenda Jackson y otras maravillas. (A los actores, mi Morfeo no les otorga visa.) Como ve, doctor, la mayoría son veteranas o ya no están, pero yo las sueño tal como aparecían en las películas de entonces. Verbigracia, cuando le digo Claudia Cardinale, no se trata de la de ahora (que no está mal) sino la de *La ragazza con la valigia*, cuando tenía 21. Marilyn, por ejemplo, se me acerca y me dice en un tono tiernamente confidencial: «I don't love Kennedy. I love you. Only you». Sepa usted que en mis sueños las actrices hablan a veces en versión subtitulada y otras veces dobladas al castellano. Yo prefiero los subtítulos, ya que una voz como la de Glenda Jackson o la de Catherine Deneuve son insustituibles.

Bueno, en realidad vine a consultarle porque anoche soñé con Anouk Aimée, no la de ahora (que tampoco está mal) sino la de *Montparnasse 19*, cuando tenía

unos fabulosos 26 años. No piense mal. No la toqué ni me tocó. Simplemente se asomó por una ventana de mi estudio y sólo dijo (versión doblada): «Mañana de noche vendré a verte, pero no a tu estudio sino a tu cama. No lo olvides». Cómo voy a olvidarlo. Lo que yo quisiera saber, doctor, es si los preservativos que compro en la farmacia me servirán en sueños. Porque ¿sabe? no quisiera dejarla embarazada.

## Jacinto

*A Willie y Lidia*

Cuando Ludwig Kesten llegó de Alemania, sus tíos, radicados desde 1950 en Paysandú, quedaron asombrados de su buen aspecto. Pero en particular fue su prima, Gretel, la que lo encontró guapísimo sin atenuantes. De aspecto fornido, rubio, ojos azules, casi siempre sonriente, su presencia generaba simpatía. Ésa era la faceta positiva; la negativa, que era sordomudo. De nacimiento. Y además de sordomudo, huérfano. Hijo único, sus padres habían estado muy enfermos en los últimos años. Él, con Alzheimer; ella, con una grave y misteriosa dolencia que ningún médico pudo etiquetar. Cuando él murió, su mujer le sobrevivió unos pocos meses. No tenían otros familiares en Munich, donde siempre habían residido; tampoco en el resto de Alemania.

Los parientes germano-sanduceros recibieron un día una inesperada carta de un vecino muniqués, que les ponía al tanto, con todo detalle, de la desgraciada historia, y les planteaba la situación del muchacho, ahora veinteañero: debido a sus notorias carencias, era incapaz de trabajar regularmente e incluso de sobrevivir en tan precarias condiciones.

Los Kesten se conmovieron con el caso (después de todo, era alguien de su sangre) y gracias a la solidaria intervención del buen vecino, le enviaron un pasaje de Iberia. Fue ese mismo vecino quien lo llevó al aeropuerto, virtualmente lo colocó en el vuelo IB3631, después de las recomendaciones a la azafata jefa (tenía que cambiar de avión en Buenos Aires), y un 20 de febrero Ludwig desembarcó en el aeropuerto de Carrasco, donde sus tíos y su prima le esperaban. A pesar de que tenían fotos de Ludwig, más bien lo reconocieron por su andar sin rumbo y su desconcierto. Pidieron (y les fue concedida) autorización para entrar en la zona de llegada de los pasajeros, y allí se juntaron con él. Ludwig sonrió por vez primera de este lado del Atlántico, y todos viajaron de inmediato a Paysandú con la nueva incorporación al clan familiar.

La integración no fue fácil. Ludwig se comunicaba a través de una pizarra, pero sólo en alemán, una lengua que por supuesto dominaban sus tíos, pero no su prima. Los Kesten eran propietarios de una hermosa finca (casi una estancia) en el interior del departamento, con prolijos campos de pastoreo y adecuadas zonas agrícolas. La situación económica de la familia era holgada y se congratulaban de haber dejado la Alemania de posguerra y de haberse decidido (gracias a los consejos de varios compatriotas) por un país pequeño pero acogedor como Uruguay.

Siempre acompañado por algún familiar, Ludwig solía ir al campo y se quedaba como arrobado contemplando aquellas verdes llanuras, con sus vacas tranquilas, casi inmóviles. Sólo mugían a la hora del Angelus, pero

él no se enteraba de esa tristeza. Algo hacía (o trataba de hacer) en la casa. Al menos, tendía y destendía su cama. A veces intentaba barrer la terraza, pero la tía le quitaba la escoba. ¿Para qué estaban las dos muchachas, que se encargaban de la comida y la limpieza?

Tenía buen apetito y disfrutaba comiendo. Su prima Gretel estaba tratando, con ayuda de una pizarra y también de un pizarrón, de enseñarle un poco de castellano. Pero no era fácil. Quien no oye ni habla, carece del goce del lenguaje, y Ludwig se aburría, aunque le gustaba que su linda prima le dedicara un poco de su tiempo.

Así hasta que un día el tío se apareció con un diario porteño y lo desplegó sobre la mesa del comedor. En Buenos Aires, un hipnotizador italiano, Luciano Pozzi, en el marco de un conocido programa de televisión, le había devuelto el habla (aunque no el oído) a un sordomudo. De inmediato hubo un conciliábulo de familia y se resolvió por unanimidad viajar a Buenos Aires, eso sí de inmediato, antes de que el mago regresara a Europa.

Y allá fueron. Ludwig no sabía muy bien cuál era el motivo del viaje, pero las miradas y los palmoteos de sus parientes, le dejaron entrever que algo tenía que ver con él. Antes del traslado, y para ir sobre seguro, habían telefonado al canal argentino y arreglado la fecha y la hora de la comparecencia de Ludwig en el programa de Luciano Pozzi, vedette del momento.

Como siempre, la sala estaba de bote en bote. Luciano situó a Ludwig en una silla de respaldo duramente vertical.

—Como ustedes saben, este atractivo joven es sordomudo. Al menos hoy, no estoy en condiciones de solucionar su sordera, pero sí intentaré devolverle el habla.

Ludwig seguía los movimientos de Luciano con una mirada que tenía algo de curiosidad, pero también algo de temor. Por fin el presunto mago acercó sus manos a los ojos del muchacho, hasta que éste bajó los párpados.

—Ahora duerme —dijo Luciano—. Tenemos que ir progresando de a poco. Cuando despierte no se largará a conversar conmigo o con ustedes. Más bien dirá una sola palabra. Empezará de a poco, ya se los dije. Bien, estoy tratando de que concentre toda su atención en el nombre de una planta liliácea, de flores acampanadas. O sea, que inaugure el habla con algo poético. Cuando yo lo despierte, él dirá: Jacinto.

Luciano volvió a situar sus manos frente a los ojos de Ludwig, que de pronto se abrieron, atónitos. El hipnotizador, de espaldas al público y señalando al joven, dijo:

—A ver, Ludwig, dinos algo.

Por supuesto, Ludwig no oyó el mandato, pero eso estaba previsto. Entonces Luciano señaló su propia boca con su dedo índice.

—Ja-cin-to —balbuceó audiblemente Ludwig.

El aplauso fue atronador. Ludwig estaba sorprendido. No oía, pero sí veía los aplausos. Una vez más abrió la boca y dijo, ahora con más soltura: Jacinto. Otra ovación.

Toda la familia Kesten subió al escenario para abrazar al mago. Luego partieron nuevamente a Paysandú. Ludwig venía contento y de vez en cuando decía: Jacinto.

No obstante, poco a poco la euforia inicial se fue calmando, porque Ludwig nunca aprendió una segunda palabra. Luciano Pozzi regresó a su Italia, vinieron otros hipnotizadores y la familia Kesten siempre aparecía con el pariente sordomudo. Varios de esos magos venían precedidos de cierta fama, pero ninguno de ellos consiguió que Ludwig pronunciara una segunda palabra.

Ahora, gracias a los buenos oficios de Gretel y la pizarra, se manejaba mejor con el idioma del país. Cuando alguna vez (y eso acontecía bastante a menudo) se quedaban solos en la casa campestre, Gretel no sólo le daba clases de idioma; también le enseñaba a hacer el amor. Él aprendió con rapidez, y como la discreción estaba asegurada, al culminar el acto ella aullaba «¡mi amor!», pero su amor no la oía. Sólo la miraba con ternura y decía: «Jacinto».

Como resultado de esas fiestas, Gretel quedó embarazada, y antes aún de enfrentar a sus padres con semejante noticia, se la escribió a Ludwig en la pizarra. La reacción del muchacho fue explosiva y radiante. Por lo pronto, dio varios atléticos saltos de júbilo. Luego, Gretel y él terminaron abrazados, besándose y besándose en medio de un doble llanto de alegría.

Después Ludwig/Jacinto se separó suavemente de Gretel, salió al jardín que atardecía, y mirando hacia la única nube que proponía el cielo, abrió los brazos y dijo: «Ni-ño, ni-ño».